

Hábitat-habitar: de la propiedad a la intimidad

Habitat-Living: From property to intimacy

Imagen: <https://flic.kr/p/pGMA2r>



Diego Echeverry Rengifo. Profesional en Gestión Cultural y Comunicativa. Maestrante en Hábitat en la Facultad de Ingeniería y Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Productor i-Realizador Audiovisual.

Origen del artículo

El nombre de este artículo, que antes fue “Correlatos del hábitat: distorsiones de la propiedad y la apropiación en la casa”, ha sido modificado para su publicación en la Revista Novum, y a fin de ser incluido dentro de la tesis “Correlatos del hábitat: tránsitos por la intimidad y la resistencia”, adscrita al Grupo de Pensamiento Ambiental, con la tutoría de Patricia Noguera de Echeverry.

Cómo citar este artículo

Echeverry Rengifo, D. (2012). Hábitat-Habitar: de la propiedad a la intimidad. *Novum*, (2), 126–138.

Resumen

Se aborda la reflexión a partir de la premisa de que en efecto las diversas maneras de habitar nos ubican de inmediato en una cultura diferente. Ese habitar según Heidegger se debe entender desde dos aspectos: habitar como cuidar (mirar por), y habitar como edificar, es decir, construir; son dos aspectos que se correlacionan, se corresponden y se retroalimentan. No se puede reducir este déficit que acosa a muchas de nuestras sociedades “pobres” a un mero indicador de desarrollo o sostenibilidad, de lo contrario vamos a seguir viendo la funcionalidad, homogenización y estandarización generalizada de la vivienda en particular y de la cultura en general.

Sin duda el hábitat es un problema complejo que no sólo deviene de cierta evolución tecno-económica y determinada organización socio-espacial (propios al campo de estudio de la antropología y la sociología, respectivamente), sino de una experiencia espacial, existencial, íntima y poética, que arquitectos, trabajadores sociales, constructores y administradores deberían considerar, a fin de no reducir la vivienda y el habitar mismo a un producto del mercado y a un asunto de mera privacidad.

Palabras clave: hábitat, habitar, estética, arte, casa, propiedad, impropiedad.

Abstract

The reflection is driven by the premise that the diverse ways of inhabiting take us immediately to a different culture. According to Heidegger, that inhabiting should be understood from two aspects: Inhabiting as taking care of, and inhabiting as building. These are two topics that correlate, correspond and feedback each other. We cannot reduce the deficit that stalks many of our poor societies to a mere development or sustainability indicator. If we keep doing this, we will see the generalized functionality, homogenize and standardization of housing in particular, and culture in general.

Undoubtedly, inhabiting is a complex problem that not only brings techno-economic evolution and a determined socio-spatial organization (topics that belong to the study fields of Anthropology and Sociology respectively), but also a spatial, existential, intimate, and poetic experience that architects, social workers, constructors and managers should consider with the purpose of not reducing housing, and inhabiting itself, to a mere market product and an intimacy issue.

Key words: habitat, inhabit, esthetics, house, propriety, impropriety.

*“En la casa estamos solos con nosotros mismos: nos hemos retirado”
(Norberg-Schulz. 1975, p.105)*

Convenimos que el habitar no significa únicamente tener alojamiento. Uno se puede alojar en un hotel o en un hostel, pero aquello no configura y no contiene el hábitat en sí mismo, no comprende la experiencia vital e inmanente del ser humano, asociada a unas prácticas sociales y culturales, que por cierto se van configurando en las relaciones con el medio ambiente y con otros seres humanos. De estas relaciones van a emerger las diversas formas de habitar-hábitats en todas las sociedades humanas. Y si aceptamos que cada sociedad tiene una cultura propia y por tanto, una manera singular de habitar, consentimos también que hay infinidad de formas (materiales, estructuras, etc.) del hábitat.

Pero el habitar no se reduce a la forma del hábitat, puesto que a esta forma (casa o edificio) propiamente dicha, la precede y la sucede la convivencia entre personas y cosas. Como se dice comúnmente: “las paredes tienen oídos”, las cosas nos hablan, cada rincón de la casa guarda unos secretos individuales o familiares. Podríamos decir que allí en la casa acontecen una multitud de relatos, unas veces inadvertidos por los mismos habitantes, otras contados por ellos mismos, que configuran más o menos abstractamente la intimidad. A esto es a lo que vamos a llamar los correlatos de hábitat, que dicho de otra forma, son las diversas maneras de habitar o de convivir y expresarse de los habitantes, entre esos lugares y esas cosas de la casa.

Muchas construcciones albergan al hombre, pero no todas son moradas. Un centro comercial, un supermercado, un estadio o una autopista, etc. Habitamos de pronto allí, pero no por ello estas construcciones o moradas son viviendas. A menudo los lugares donde trabajamos se terminan convirtiendo, como solemos decir, en nuestra segunda

casa; podemos morar allí, pero no habitamos allí, porque habitar no significa simplemente tener alojamiento. La casa es un lugar de abrigo y de cuidado (*collere*, cultura), lugar para cultivar y construir.



Figura 1. Edward Hopper. *Hotel Room*, 1931. La diagonal de la cama nos dirige hacia el sofá y las maletas. Parece que la mujer se debate entre la espera o la partida. Todo ese aire entre su cabeza y el borde del cuadro, y esa enorme y luminosa ventana, remarcen la soledad de la mujer.

Fuente: http://www.museothyssen.org/thyssen/ficha_obra/1062

Construir- habitar es estar en la tierra, cohabitar en ella, y levantar un mundo; dicho de otra forma, construir-habitar es una y quizá la única manera de ser en la tierra, una labor de arte, la obra de arte de ser humano en la tierra. “El construir como el habitar, es decir, estar en la tierra, para la experiencia cotidiana del ser humano es desde siempre, como lo dice tan bellamente la lengua, lo «habitual» (Heidegger, 1994, p.3). Heidegger nos lleva por esta ruta del construir-habitar, a advertir en el mismo lenguaje ese permanecer y residir, y a la experiencia que le corresponde, esto es, estar en satisfacción y llevado a la paz. La paz lleva a algo o alguien a lo libre, libre de amenaza, resguardado de daño, cuidado y re-albergado en su esencia.

Habitar, haber sido llevado a la paz, quiere decir: permanecer a buen recaudo, apriscado en lo fríe, lo libre, es decir, en lo libre que cuida toda cosa llevándola a su esencia. El rasgo fundamental del habitar es este cuidar (mirar por) (Heidegger, 1994, p.4).

Vemos pues que la meta del edificar es el habitar, que este habitar es un cuidar (mirar por), haber sido llevado a satisfacción y la paz, y todo ello digamos haciéndose y fluyendo en lo libre. Estas bellas palabras que encuentran su fundamento en la experiencia cotidiana, podríamos decir no son solamente enunciados más o menos poéticos, sino propiamente hechos. *Ethos* es la manera como se habita (se abriga en, se cuida) una tierra o una casa; *aisthesis* es toda emergencia de la vida, formas de la naturaleza y cosas del mundo. Dichos enunciados y hechos solo pueden ser descritos y expresados de una manera singular de acuerdo con la experiencia misma del habitar, la cual, dicho de otra forma, es una escritura, una coreografía, y por tanto una expresión (y una forma de construcción, una huella), una manera de decir y de ser.

El fin de todo construir es el habitar, ese construir es en cierta medida la obra de ese habitar, pero “Sólo si somos capaces de habitar podemos construir” (Heidegger, 1994, p.11). En cierta medida, todo el texto de Heidegger es una llamada de atención a mirar la esencia del habitar, a volver los pasos y a recordar las experiencias originarias y fundamentales del habitar, de un habitar que dialoga con la tierra, el cielo, los divinos y los mortales, que coliga cada uno de estos elementos de la cuaternidad (salvar la tierra, recibir el cielo, estar a la espera de los divinos, guiar a los mortales). Vale recordar que el contexto de esta conferencia es la posguerra y que Europa está en plena reconstrucción porque obviamente hacen falta muchas viviendas. La paciencia y la libertad, el cuidado y la satisfacción,

cualidades estas iminentes al habitar, no encontró y no encuentra aún su lugar en la planeación y ejecución de los proyectos de construcción de vivienda provenientes de las políticas y programas de vivienda, el menos en nuestro contexto colombiano. Y ello, porque todavía concebimos el habitar y el construir separadamente. Una veces el habitar aguanta la frialdad y pesadez del construir, otras, la construcción aguanta los embates de un habitar en la impaciencia y el despilfarro.

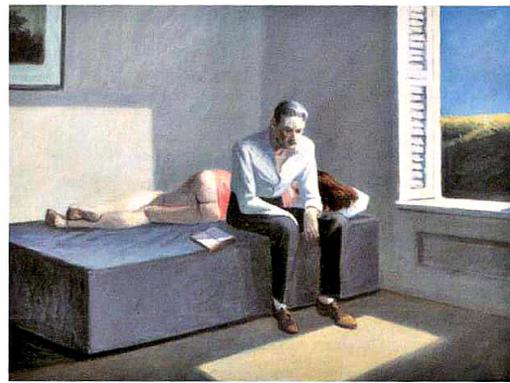


Figura 2. Edward Hopper. *Digresión filosófica*. 1959.

Fuente: MOMA, New York. <http://revistadeletras.net/edward-hopper-el-tiro-de-gracia-al-sueno-americano/>.

A través del lenguaje llegamos fácilmente a advertir las correlaciones y derivaciones del hábitat. En principio, que el hábitat deviene por medio del tiempo que pasa en un hábitat y en la habitualidad, la cual se va a configurar luego como hábitos, que es lo que constituye en últimas la cultura (cotidianidad y banalidad) de ser humano. El hábitat es ese habitáculo de los hábitos, es el habitar mismo en continua construcción de la habitualidad, de la cotidianidad y la banalidad. Es el conjunto de gestos, de coreografías, de ropajes y decorados con los cuales el ser humano reviste su cuerpo y su espacio existencial fundamental, esto es, el hábitat.

Sin embargo, el hábitat humano aguanta desde su interior una serie de condicionamientos ecológicos y económicos. Por un lado, cumple con esa especie de función de nicho, de auto-organización, de regulación, de cooperación y retroalimentación, propia de los organismos y/o las especies en un ecosistema natural, a pesar de la inestabilidad de ese sistema altamente complejo e inestable que es la ciudad. Por otro lado, está inserto dentro de un sistema tecno-económico, que responde más o menos a los mismos presupuestos de la teoría de la selección natural de Darwin, específicamente al concepto de competencia, que en el hábitat se manifiesta también a nivel sociocultural y político. El mercado sustituye así, con la bendición de Darwin y de la ciencia biológica, la cooperación por la competencia, generando obviamente inestabilidad no solo a nivel, digamos, urbanístico (la especulación inmobiliaria sería uno de sus efectos más evidentes), sino a un nivel incluso planetario, por el impacto de su explotación de los ecosistemas.

Se puede considerar presente el tipo de orden denominado sociedad cuando la competición declina hasta cierto estadio. Desde el punto de vista ecológico se habla de sociedad simplemente con referencia a un área donde la competición biótica se ha atenuado y donde la lucha por la existencia ha asumido formas más sutiles y sublimadas (Bettin 1982, p.76).

No es el caso del mercado y de la política, para ellos no existen biomas o nichos ecológicos, sino trincheras cuyas cortinas de humo suelen ser el desarrollo, el progreso y la sostenibilidad. En este sentido es que seguramente, recordando a Bourdieu, el hábitat-*habitus* es una “estructura estructurada” (Téllez, 2002, p.137), que a pesar de los grados de libertad relativa de la que es capaz, dichas disposiciones y operaciones logran ser más o menos determinadas, incluso en el interior de esos hábitats.

La organización del espacio habitado no es solamente una comodidad técnica; es, al mismo título que el lenguaje, la expresión simbólica de un comportamiento globalmente humano. En todos los grupos humanos conocidos, el hábitat responde a una triple necesidad: la de crear un medio técnicamente eficaz, la de asegurar un marco al sistema social, y la de poner orden, a partir de allí, en el universo circundante (Leroi-Gourhan, 1971, p.311).

Si bien el hábitat es un instrumento de adaptación del ser humano con el medio, también es una técnica (*tejné*, como arte, oficio) que responde más o menos a la evolución de las relaciones entre función y forma. El valor estético de un útil o un objeto técnico cualquiera, una casa o un edificio por ejemplo, depende de su relación directa y/o adecuación de la forma con su función. Su propiedad o calidad funcional, más allá de lo figurativo, es un proceso simple y puramente natural. Así pues, podemos advertir en un barco o en un avión dispositivos y técnicas semejantes a especies específicas del mundo marino o de las aves, igual lo podemos ver en la diversidad de hábitats en comunidades indígenas, cuya forma no es más que la imagen del universo y del mundo o el resultado de un diálogo fluido con la naturaleza, es decir, con el ecosistema en el que se halla inserto. Por lo demás, esa función, en tanto más satisfecha, le “abre paso al velo decorativo que envuelve las formas” (Leroi-Gourhan, 1971, p.292). La configuración de un objeto para este autor, se da, pues, gracias a un permanente intercambio, el cual deriva, por un equilibrio, digamos natural, entre función y forma. En la forma rastreamos los logros estéticos y la iconografía propia de una civilización o un pueblo específico, el velo “decorativo” que envuelve determinada función. “La decoración humana no ofrece más que una confirmación del carácter constante de sustitución de la etnia sobre la especie. Los mismos fenómenos tienen lugar en la

persistencia de las marcas de la personalidad del grupo” (Leroi-Gourhan, 1971, p.392).

La estética funcional se hace efectiva, pues, en esa relación entre la especie – que desde lo más profundo de su herencia y su más inmediata necesidad de sobrevivencia empuja la función– y la etnia, que es también el resultado de una herencia y necesidad singular de cada pueblo y cada cultura, de descubrir su propia forma. Quizá el mayor ejemplo de la prevalencia de la función sobre la forma, la podemos ver en la arquitectura y el urbanismo funcionalista (no por su estilo propiamente dicho sino por su utilitarismo), la cual ha desdeñado la forma, irrumpiendo a menudo con el paisaje y homogenizando no solo los habitas sino los recorridos de la ciudad, como si vivir en una casa o recorrer la ciudad se redujeran a funciones preestablecidas o modelos determinados. De ello dan cuenta muchos programas de vivienda, independiente de sus problemas de financiación y sostenibilidad, pues al buscar la eficiencia, digamos económica y espacial, han reducido las funciones de la sociabilidad, la cual no es solo subsistir sino habitar en todo el sentido de la palabra, y en consecuencia, también se ha reducido la forma misma propiamente dicha. Porque creemos que no se puede reducir esa función y esa forma del hábitat-habitar a una coyuntura política y económica, es que creemos que es necesario volver a pensar (otra vez con Heidegger) en la esencia del habitar, sus correlatos e implicaciones.



Stand Mixer Mews. De la serie *Habitat Machines*. 2008. Impresión digital sobre papel de archivo. <http://www.trautrimas.ca/art.html>.

Con todo, a pesar de dichos problemas inherentes al hábitat y la vivienda, e incluso, a la omnipresencia de tal o cual superestructura, esta se puede reducir considerablemente en la casa, en esos lugares velados (a la mirada del especialista de la ciencias humanas, de juristas, ingenieros y arquitectos) de la intimidad de sus ocupantes y de su experiencia estética con los espacios de la casa. Pasar de la experiencia de la privacidad en la vivienda a la experiencia de la intimidad en la casa, de la propiedad privada a la común intimidad, es un esfuerzo que requiere, en rigor, de una labor de arte alternativa que debele nuevos sentidos y nuevas interpretaciones que pueden acceder a esa interioridad hermética de la intimidad del hábitat y del habitar humano, que ha sido tantas veces reducido por los especialistas de la ciudad.

Para José Luis Pardo (1996), hay cuatro falacias que reducen la intimidad a ciertos aspectos externos que la van a dejar en una especie de indigencia de la comunicación humana. Esa intimidad que ha sido profanada, según este autor, por psicólogos, sociólogos y juristas, y que le han amputado a la lengua toda su pasión y elocuencia. La primera es la falacia de la identidad: el hombre se tiene a sí mismo. Su consecuencia nefasta sería derivar de allí una serie de leyes que todos deberían cumplir. Al convertirse

en “ley” (pública) de obligado cumplimiento, impone un significado originario, único, recto, quitándole lugar a la diferencia. La segunda falacia es la de la privacidad, que a diferencia de la primera (que opera como fundamento de leyes generales, es decir, como fuente del derecho público), su ruina consiste justamente en considerarla fuente de derechos privados.

Puesto que el derecho privado está obligatoriamente tutelado por el derecho público o, en otras palabras, porque la privacidad depende siempre de la publicidad (pues el derecho a la privacidad está garantizado por el Estado), la expresión lingüística de esta falacia consiste en concebir el sentido íntimo de las palabras u oraciones (la intimidad de la lengua) como si se tratase de un significado tan explícito como el público pero secreto, es decir opaco a la mirada de los demás, como si la intimidad fuese un código privado a cuya clave sólo tiene acceso determinados individuos (claro está que existen códigos y agrupaciones de esta clase, pero son corporaciones privadas, no íntimas) (Pardo, 1996, pp.38-39).

La tercera falacia es la de la limpieza étnica o inefabilidad, porque es inexpresable y excluye la identidad de los otros, lo que deviene en la violencia y en la guerra; y finalmente la cuarta, la del solipsismo, que dice que no puedo expresarme porque soy un ser aislado y solo. A partir de estas cuatro falacias, Pardo va a construir su teoría de la intimidad, dejando sin piso, literalmente, al hombre que cree tenerse a sí mismo, cuando en realidad es un ser por naturaleza inestable, discontinuo, puesto que siempre está inclinado.

Cuando el hombre cae, no lo hace, como suele decirse, porque haya ‘perdido el equilibrio’ sino, más bien al contrario, porque ha perdido el desequilibrio y se

ha convertido, al desplomarse sobre la tierra, en un ser perfectamente equilibrado en una naturaleza idéntica (Pardo, 1996, p.41).

De cierta forma, la empresa de Pardo en *La Intimidad*, es arrebatarle la lengua a una serie de disciplinas, consultorios, medios de comunicación, juzgados, plazas públicas, etc., que hace mucho han hablado con voz alta y clara de lo humano, y no han podido entrar (tal vez entrar sí, pero no conversar íntimamente, es decir, en confianza) a la casa de los sin nombre, de los sin historia. En una época en que cualquier cosa es útil para algo, en que cualquier persona sirve para algo, Pardo se pregunta por la banalidad donde podemos encontrar la furtiva y escurridiza intimidad, develando la sospechosa relación entre la vida pública y la vida privada, la publicidad y la privacidad. La exhortación sugestiva que vemos y que oímos en el texto de Pardo es a que nos arrojemos y a tambalearnos en la fragilidad de esta lengua (esta casa del ser) nuestra, que también padece las mismas penurias de nuestra casa física: el descuido, la impaciencia, la resignación y la tiranía de nuestros propios discursos. “La narración íntima, el cuento vivido, el espacio celebrado, ritmado, cantado, no es lo que hay dentro (en ese interior opaco y jurídicamente protegido) del espacio privado, porque la intimidad está fuera del espacio público y del privado” (Pardo, 1996, p.252).

Miramos gracias a la mano y el pincel de un pintor, porque lo que este pinta, a fin de cuentas, es el mundo en estado naciente; la tierra y el cielo están ahí, cuidando la permanencia de los mortales, el suelo seguro en el que caminan y escriben sus historia, el aire y el cielo, que lleva y trae aromas, frutos, calor y lluvia para su satisfacción; igual que la tierra y el cielo, los divinos aguardan a que nosotros, simples mortales, reconozcamos su señas.



Figura 4. Edward Hopper. *Summer Interior*. 1909.
Fuente: http://en.wikipedia.org/wiki/Edward_Hopper.

El sol entra por la ventana en la habitación vacía, afuera el sol y unos árboles agitados por el viento traen un poco de frescura y calidez a este apartamento solitario, ya no tan apartado y tan vacío; a través de la ventana la luz dibuja otra habitación, devela unas áreas y oculta otras. Allí efectivamente habita el sol, y seguramente, un hálito de ese árbol reverberante. Quizá en esas zonas oscuras agazapadas en los rincones se encuentren las huellas de su reciente habitante; seguramente algo pasó allí, las suaves sombras en las paredes y los pisos quizá nos hablan de unos objetos y unos pasos que allí estuvieron.

Probablemente no pasó nada extraordinario, solo lo habitual, las actividades cotidianas y banales de alguien —lo que sí podemos prever es que le gustaba mirar por esa ventana hacia ese árbol frondoso y se entretenía de pronto viendo su propia sombra proyectada en la pared, cómo iba cambiando y cómo se iba desvaneciendo—. ¿Desde dónde mirará este alguien? ¿Estará echando de menos estas luces y estas sombras en la pared, esta ventana que deja entrar el sol y el hálito de ese frondoso árbol?.

La casa no solo nos aporta un interior en el cual replegarnos en nuestras estrecheces y

desplegarnos a nuestras anchas, ese interior ignoto de nuestra intimidad es también la intimidad de nuestra lengua, de los secretos de nuestra vida íntima o de una que otra conmemoración de nuestra vida social y/o pública.



Figura 5. Edward Hopper. *Sol en la habitación vacía*. 1963.
Fuente: <http://www.35milímetros.org/hopper-hitchcock-y-malick/>

Los mejores relatos referentes a la casa son evidentemente los relatos expresados estéticamente (poesía, pintura, fotografía, etc.), pero son los de la banalidad y cotidianidad acontecida por obra y gracia de la habitualidad y la rutina, los que nos expresan la intimidad de una forma más cercana y familiar. La casa es el lugar por excelencia de la *reme-moración*, fuente de nuestros recuerdos de infancia, nuestros sueños y fantasías, y la renovación incesante, vórtice del tiempo en el que buscamos nuestro origen añorado y contemplamos horizontes anhelados. Los espacios de la casa siempre son más o menos grandes, tan grandes y tan amables como nuestra paz y nuestra satisfacción, pero también más pequeños aun que nuestra desesperación y nuestra angustia. De cualquier forma, la casa siempre es refugio y abrigo, lugar donde acontece nuestra libertad, en la penuria o en fortuna, pero libres, inclinados hacia algo (las cosas familiares de la casa que nos acompaña) o alguien, dependientes, inestables e insostenibles.

Con Bachelard hemos aprendido a ver los espacios de la casa más allá de esa poética en la que se pone en juego el inconsciente del soñador o del poeta, a saber, en el presente pero indeterminado de los lugares de la intimidad, de la intimidad de la lengua, que emerge en la soledad de la casa que *co-crea* y *co-produce* las imágenes y las palabras propias de la casa. Para la fantasía del niño o el ensueño del poeta, la casa no representa nada, porque no conviven en su mente como la conciencia de algo, por ejemplo, que la casa es la imagen del mundo o del universo, sino como una inconciencia productiva (*poiética*), como intencionalidad, o mejor aún, como inclinación, cuyos gestos, contorsiones, coreografías y huellas, pertenecen a esa debilidad, inutilidad e inestabilidad propia de la intimidad (de la lengua).

La relación con la casa no se da ya bajo ciertas normas o leyes de las topologías, justamente propias de la vivienda, previstas y predispuestas por arquitectos, ingenieros, juristas, administradores, comunicadores, etc., sino en una relación disfuncional e inútil, para los objetivos de la cultura y la sociedad inserta dentro de unas leyes del mercado bien definidas, a saber esa *topofilia* de la que nos habla Bachelard, cuyo único fundamento (sin fundamento) es el de los afectos y las afecciones, recuerdos y ensueños. Y es justamente a partir de estos que los creadores de la casa deciden ampliar su casa, mejorar su cocina, colocar un piso, etc.

Lo extraordinario de la casa es la habitabilidad, humilde o acomodada, lo habitual que se sucede en la vivienda ya no solo como un tiempo que pasa sino como un tiempo que hace, que produce imágenes y acciones poéticas y vitales, y cuya función como hemos venido viendo, no es únicamente la función que cumple socialmente, ecológica o económicamente.

Si lo propio de la casa es fundamentalmente la intimidad, y no la privacidad, su propiedad

no se reduce a la condición de propietario, de dominio o de posesión sobre los espacios de la casa, sino que su riqueza se da es en la libertad misma de habitar esos espacios, que para la intimidad no tienen ninguna privación o intimidación. La propiedad no es, en rigor, lo que le da piso o fundamento al habitar, a su condición de albergue, de abrigo, de vivir en el cuidado, en satisfacción, en paz y en la dignidad que reclama la casa.

Por mucho que debamos pagar servicios públicos o impuestos catastrales, dichas obligaciones no constituyen lo esencial de habitar poético de la que en efecto carecen multitudes de habitantes. Y por más que esa odiosa condición de propietario concorra en el habitar, la propiedad no es para la casa una expropiación de la cotidianidad o la banalidad de los habitantes.



Figura 6. Van Gogh. *La casa en Arles*. 1888.

Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/El_dormitorio_en_Arl%C3%A9s

La propiedad no significa nada para el habitar poético, para la intimidad y esa *topofilia* inmanente a todo ser humano, por eso su interacción con los espacios de la casa, que en realidad son *entre-tenimientos*, cuyas huellas, unas veces invisibles, marcan los espacios de la casa, otra veces visibles, decoran la sala o la habitación, etc., no se da en términos de apropiación, puesto que es obvio que no es necesario poseer una cosa o una persona para disfrutar y compartir con ellas. La apropiación es más bien el ropaje que construyo para mi casa y mi

cuerpo, pero también es la desnudez de mi intimidad, es a fin de cuentas, las *decografías* y *coreografías*, que a fuerza de soledad y de rutina, reconstruyo y reproduzco en mi casa, con todos esos lugares y cosas que cambian de sitio cada tanto, y que de pronto se descubren para encontrarme de nuevo, solo, renovado, *co-habitado*.

Sin duda las casas sucesivas donde hemos habitado más tarde han trivializado nuestros gestos. Pero nos sorprende mucho, si entramos en la antigua casa, tras décadas de odisea, el ver que los gestos más finos, los gestos primeros son súbitamente vivos, siempre perfectos. En suma, la casa natal ha inscrito en nosotros la jerarquía de las diversas funciones de habitar. Somos el diagrama de las funciones de habitar esa casa y todas las demás casas no son más que variaciones de un tema fundamental (Bachelard, 1997, p.45).

Esa casa original que queremos replicar o reconstruir no es pues solo la casa que necesitamos para vivir, que es a fin de cuentas a lo que se ha reducido el concepto de vivienda, o sea, para satisfacer unas necesidades básicas y cumplir con unas funciones sociales (pago de servicios, privacidad, etc.) determinadas, o para construir cierto nivel de dignidad, de desarrollo, de progreso, etc. La casa de nuestros sueños no es solo una utopía, sino efectivamente una posibilidad, hay pruebas de ello, huellas, gestos, coreografía, cosas, ideas, palabras, que nos hacen añorarla, anhelarla y quererla cada día más; no nos cansamos de construirla y habitarla a pesar de los contratiempos. Aguantamos en nuestra intimidad los embates de la ciudad, y del mundo entero, nos protegemos y nos cuidamos mutuamente, nos *entre-tenemos* con estos lugares de la casa, esta familia que hemos construido, y estas cosas que hemos atendido hace tanto tiempo; esa es nuestra satisfacción, que nos hemos sostenido

juntos, que nos hemos cuidado y consolado entre todos, adentro o afuera.

Cuidamos esa libertad de ser nadie, y esa paz de no tener historias, de no tener algo que contar, de no estar en una casa propia, de no hablar en un lenguaje propio. De repente abrimos una ventana para que entre el aire, un poco de sol, porque el habitar no está confinado o reducido a un hábitat, sino que también está en la mirada, en lo que escuchan las paredes, en las puertas abiertas y los pasos furtivos, en la terraza, el patio, el antejardín. Habitamos adentro o afuera una casa ajena e impropia, pero nos vestimos con un montón de hábitos, de tiempos y de geografías.

Seguramente, aquella condición más o menos inestable de la intimidad de estar inclinado hacia algo o hacia alguien que esbozamos con Pardo más arriba, encuentre un eco, o mejor aún la fuente de dicha resonancia en Ser y Tiempo de Heidegger, específicamente en su concepto de la caída, la cual, según entendemos, es un modo de ser del *Dasein*¹ en el mundo, el modo fundamental del ser de la cotidianidad. Dicha caída no es una propiedad sino una impropiedad, un modo de no ser sí mismo, de estar en medio de algo, de la casa que aspiramos, de la tierra que labramos, del mundo que levantamos.

La impropiedad no mienta una especie de no-estar-ya-en-el-mundo, sino que ella constituye, por el contrario, un modo eminente de estar-en-el-mundo, en el que el Da-sein queda enteramente absorto por el 'mundo' y por la existencia de los otros en el uno (Heidegger, 2006, p.198).

¹El *Dasein* ha sido traducido regularmente como "ser ahí", "estar ahí", nos deja arrojados en la existencia. También se podría traducir como *el ser del ahí*. Para mayor información acerca de la razón porque es preferible no traducir esta palabra, ver la nota de Jorge Eduardo Rivera en Heidegger (2006, p.454).

Solemos caer agotados en un sofá o en nuestra cama por el trabajo diario; aquellas caídas son justamente las que equilibran nuestra vida cotidiana. Ahora bien, siempre hay cosas que sobran o faltan en nuestras casa, pero cuando faltan nos sentimos un tanto fuera de sí mismos, o cuando sobran sentimos cierta desazón. El poema “Esta es mi casa” de Mario Benedetti nos puede ayudar a comprender un poco este problema de la caída y de la desazón en Heidegger, y de paso ampliar nuestra reflexión acerca del hábitat-habitar:

Esta es mi casa
No cabe duda. Esta es mi casa
aquí sucedo, aquí
me engaño inmensamente.
Esta es mi casa detenida en el tiempo.
Llega el otoño y me defiende,
la primavera y me condena.
Tengo millones de huéspedes
que ríen y comen,
copulan y duermen,
juegan y piensan,
millones de huéspedes que se aburren
y tienen pesadillas y ataques de nervios.
No cabe duda. Esta es mi casa.
Todos los perros y campanarios
pasan frente a ella.
Pero a mi casa la azotan los rayos
y *un día se va a partir en dos.*
Y yo no sabré dónde guarecerme
porque todas las puertas dan afuera del
mundo.
(Benedetti, 2000, p.67).

En la casa siempre estamos tentados a caer, pero dicha caída no solo la podemos constatar en la diversas contorsiones del cuerpo cuyo motivo sea el descanso, la tranquilidad, sino porque siempre estamos susceptibles a un nuevo encuentro con el mundo, a esos millones de huéspedes, porque siempre, como dice Pardo, nos estamos desviviendo por alguien o por algo, porque habitamos en estos bordes borrosos y porosos de la

intimidad, donde el cuerpo cae rendido a los pies de alguien o de algo, donde las palabras resuenan por toda la casa, a veces sobran y a veces callan, donde las cosas de nuestros contornos suelen cambiar de sitio u ocultarse en rincones, estantes o cajones.

En la caída no está en juego sino el poder-estar-en-el-mundo, aunque en el modo de la impropiedad. El Dasein solo puede caer porque lo que a él le va es poder-estar-en-el-mundo por medio del comprender y la disposición afectiva. A la inversa, la existencia propia no es nada que flote por encima de la cotidianidad cadente, sino que existencialmente sólo es una manera modificada de asumir esta cotidianidad (Heidegger, 2006, p.201).

La casa no es sino un tránsito de este hábitat fundamental que es la tierra, y del habitar como caminar y levantar un mundo. La caída y el desplazamiento (o la coreografía) de los cuerpos y las cosas de nuestra casa, no son sino correlatos del movimiento comprendido en el habitar y en nuestro mundo afectivo. Dicho móvil o disposición afectiva de estar en casa no se comprende ya únicamente a través del hábito, sino de la resistencia a la rutina, de la resistencia como construcción de otras posibilidades, de nuevas coreografías o decorados, etc., de la resistencia como libertad y como creación.

El hogar como centro de la casa (como *oikos*) no está ya solo en la cocina, sino en cada estancia en la que un cuerpo (se inclina o tiende) toma un objeto con su mirada o con su mano, o en la que un cuerpo impacta con otro a través del juego o la seducción. No es por nuestra propiedades o la seguridad en nuestra casa que nos sentimos en casa, sino porque algo nos angustia, porque de repente creemos que no todo está en su lugar, porque nos falta algo que no encontramos entre tantas cosas, porque algo se nos escapa. Todo ello nos produce cierta desazón que es inherente

a las labores y las responsabilidades de la casa y no precisamente al no estar en casa. En la angustia, lo familiar, lo acostumbrado, lo rutinario, se derrumba, y es por ello que de pronto entramos en otra zona de la casa o mejor dicho en otra disposición afectiva.

Pero la cotidianidad de este huir muestra fenoménicamente que la angustia pertenece, como disposición afectiva fundamental, a la constitución esencial del Dasein que es el estar-en-el-mundo, constitución que en cuanto existencial, jamás consiste en un estar ahí, sino que también ella misma, es en uno de los modos del Dasein fáctico, es decir en la disposición afectiva. El tranquilo y familiar estar-en-el-mundo es un modo de la desazón no al revés. El no-estar-en-casa debe ser concebido ontológico-existencialmente como el fenómeno más originario (Heidegger, 2006, p.211).

Esta sensación de *no-estar-en-casa* no es, pues, la que nos arroja o nos empuja al aislamiento o a la huida, sino más bien, el motivo por el que *podemos-estar-en-el-mundo*, por el que *co-habítamos* o *com-partimos* nuestra casa. Esa angustia o ese profundo miedo en el poema de Benedetti cuando dice: “y no sabré donde guarecerme”, es justamente el sentir y el sentido de un habitar que implica el *com-partir* aquella inseguridad y marginalidad de nuestra intimidad, y no la propiedad y la seguridad, que es a fin de cuentas lo que ha mantenido la penuria del habitar advertida por Heidegger y tan vigente en nuestro tiempo.

Referencias

- Bachelard, G. (1997). *La Poética del Espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benedetti, M. (2000). *Antología de Poemas Urbanos*. Bogotá: Panamericana.
- Bettin, G. (1982). *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona: Editorial GG.
- Colombia. Departamento Administrativo Nacional de Estadística. [DANE]. (2009). *Metodología Déficit de Vivienda*. Colección Documentos, (79).
- Heidegger, M. (1994). *Construir, habitar, pensar*. (Trad. Eustaquio Barjau). *Conferencias y artículos*. Barcelona: Serbal.
- Heidegger, M. (2006). *Ser y tiempo*. Buenos Aires: Editorial Trotta.
- Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Universidad Central de Venezuela.
- Norberg-Schulz, C. (1975). *Existencia, Espacio y Arquitectura*. Madrid: Editorial Blume.
- Pardo, J.L. (1996). *La Intimidación*. Valencia, España: Editorial Pre-textos.
- Téllez Iregui, G. y Bourdieu, P. (2002). *Conceptos básicos y construcción socioeducativa*. Universidad Pedagógica Nacional.